

TERROR EN LA RED 1



El chico que vivía
encerrado en una
habitación

ÁLVARO COLOMER
Y ANTONIO LOZANO



TERROR EN LA RED 1

El chico que vivía encerrado
en una habitación

ÁLVARO COLOMER
Y ANTONIO LOZANO

© Álvaro Colomer y Antonio Lozano, 2012

© de esta edición: Edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

ISBN 978-84-683-0716-9
Depósito Legal: B. 15857-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Nerea Cortés, con el deseo de que sea tan valiente como la
protagonista a la que cedió el nombre,
y a Paula Prats, con la esperanza de que continúe leyendo
todos nuestros libros.*

WWW. PRIMERA PARTE

http://1_ **SOLO POR PRIMERA VEZ**

Algo inquietaba a Jonathan. No sabía por qué se sentía tan alterado, pero una extraña sensación se había instalado en su interior y ahora deseaba con todas sus fuerzas que sus padres regresaran de la cena a la que habían asistido. Lo que le había invadido no era exactamente miedo, sino una especie de alerta previa a su aparición, una advertencia de que el miedo podía presentarse en cualquier momento, la antesala del más horrible y espantoso terror.

Era la primera vez que lo dejaban solo. Habían intentado contratar a la canguro de siempre, una veinteañera entrada en carnes que se pasaba la noche viendo la MTV y hablando por teléfono con su novio, pero Jonathan había insistido en que, cerca de cumplir los doce años, ya no necesitaba cuidadora. Y menos a la estúpida de Mell, que le

había hecho de canguro desde que tenía uso de razón y que poseía un sentido del humor tan macabro que a veces, siendo Jonathan todavía pequeño, apagaba el interruptor general de la luz, se colocaba una linterna bajo la barbilla y le aterrorizaba mostrándole las extrañas sombras que se formaban en su rostro. No, Jonathan ya no quería que Mel pasara las noches con él y aquel día suplicó a sus padres que lo dejaran solo. Les dijo que necesitaba sentirse mayor, que quería conocer la soledad, que ansiaba comprobar que ellos confiaban en él. Al principio su madre se mostró reacia, pero el padre se enorgulleció tanto de su vástago que convenció a su esposa para que empezara a tratarlo como a un adolescente. «Tu hijo se ha convertido en un hombrecito», le susurró mientras le pasaba una mano por el cuello. Y así fue cómo, por primera vez en su vida, Jonathan se quedó al cuidado de la casa y de sí mismo.

Lo primero que hizo cuando sus padres se hubieron marchado fue encender todas las luces. Aunque se había hecho el valiente delante de ellos, no se sentía a gusto rodeado de oscuridad, así que recorrió todas y cada una de las habitaciones de la casa accionando los interruptores y asegurándose de que las ventanas estuvieran cerradas. También conectó el televisor para que las voces le hicieran compañía. Mientras hacía todo esto, iba silbando una tonadilla para convencerse de que no pasaba nada, incluso de que se estaba divirtiendo.

Cuando hubo terminado, deambuló por el apartamento buscando algo con lo que entretenerse. A ser posible, algo normalmente prohibido. Al fin se presentaba la oportu-

tunidad de realizar aquellas cosas que sus padres no le permitían hacer, como ver una película sanguinolenta, comerse una bolsa de patatas fritas o jugar a la pelota en el salón. Ahora tenía el mundo en sus manos y no quería desaprovechar la ocasión de estrujarlo.

No tardó en entrar en el despacho de su progenitor y quedarse mirando, embobado, el ordenador portátil al que tenía restringido el acceso. En el colegio le habían enseñado a usar el sistema operativo, pero en casa consideraban que no había alcanzado la edad suficiente como para navegar por Internet sin la supervisión de un adulto. Por eso, su padre le había prohibido tajantemente que tocara el portátil si él no estaba delante. Pero la noche en que se quedó solo por primera vez, la del 3 de febrero de 2011, decidió saltarse las normas.

Antes de llevar a efecto su travesura, se dirigió a la cocina, hundió un dedo en el tarro de Nocilla y bebió Coca-Cola directamente de la botella. Qué mayor se sentía haciendo estas cosas! Después, cuando ya se hubo saciado, caminó hasta el recibidor y corrió el cerrojo de la puerta principal. Sus padres le habían dicho que no lo hiciera, porque eso impediría que ellos entraran cuando volvieran de la cena, pero Jonathan pensó que, si por cualquier circunstancia regresaban antes de lo previsto y lo encontraban sentado ante el portátil, le castigarían durante varios días sin ver la televisión y, peor aún, sin jugar con la PlayStation. Así que, saltándose otra norma, echó el cerrojo y, más tranquilo, regresó al despacho. Siempre podía alegar en su defensa que había oído ruidos extraños y que había preferido tomar precauciones.

Desde el quicio de la puerta, observó ese ordenador que parecía aguardar su profanación y esa otra silla que, un poco ladeada, le incitaba a tomar asiento. Una suave brisa acarició su nuca empujándolo a adueñarse de aquel espacio sagrado. Sintió que las circunstancias le eran propicias, que los objetos reclamaban su presencia, que el silencio invocaba su nombre recordándole una y otra vez que ya era mayor para cumplir sus deseos. Aquello era como estar muriéndose de sed y rechazar un refresco helado.

En el despacho no había lámpara de techo. Su padre, un crítico literario que se pasaba las horas encerrado en aquella habitación, decía que le gustaba escribir en penumbra, con un pequeño flexo como única fuente lumínica. En muchas ocasiones, Jonathan lo había estado observando desde la puerta. La figura de aquel hombre encorvado sobre el escritorio, sosteniendo con los labios un cigarrillo que jamás encendía pero que le recordaba la época en que fumaba, siempre rodeado de un silencio absoluto, encandilaba a su hijo. En su padre no veía al afamado intelectual al que tantos admiraban, sino al hombre silencioso que, muy de vez en cuando, le observaba por encima de algún libro, como si se preguntara quién era ese chavalito que corría por la casa o como si se maravillara de que ese jovencuelo fuera su hijo.

En realidad, hubo un tiempo en que Jonathan odió los libros con todas sus fuerzas. Le parecían tropas enemigas que asaltaban incansablemente la fortaleza que era la atención de su padre. No obstante, con el paso del tiempo Jonathan comprendió que esa manera de observarle era su

particular forma de mostrar amor. Finalmente, había aceptado que el hombre que lo trajo al mundo era un padre distinto a los demás, uno que prefería el silencio al bullicio, la soledad a la compañía, la contemplación a la práctica. Y era tan curiosa esa forma de ser, causaba tanta sorpresa en un niño acostumbrado al carácter expansivo de los padres de sus amigos, que Jonathan no podía más que mirarlo como quien contempla el fuego: con una admiración no exenta de temor.

Todo esto hacía que entrar en su despacho alcanzara la categoría de profanación de un templo, de un lugar al que sólo se podía acceder atesorando una inteligencia superior. Y quizá fuera ese mismo afán por entender cómo funcionaban las cosas, ese interés por abrirse a realidades ocultas, esa necesidad de adquirir conocimientos que había aprendido de su padre, lo que impulsó a Jonathan a acercarse a aquella mesa, encender el flexo y tomar asiento frente al ordenador.

Mientras la pantalla se encendía, miró hacia el espejo que colgaba en una de las paredes y vio su propio reflejo sentado a la mesa. Por un instante se sintió alguien importante, un hombre hecho y derecho, y sonrió al reconocer en sus facciones algunos de los rasgos característicos de su padre. De forma inconsciente la visión de ese doble le hizo sentirse protegido y retrasó la llegada del miedo, como una ficha del parchís que al ser devorada debe volver a la casilla de salida.

Enseguida empezó a navegar. Se pasó delante de la pantalla más de dos horas, buscando páginas sobre las películas que más le gustaban, repasando la web de su propio

colegio y cotilleando en la red social en la que se había dado de alta dos semanas antes, durante una clase práctica del colegio, cuando uno de sus amigos aprovechó el despiste del profesor para entrar en esa página y crear su propio perfil. Después, ese mismo chico incitó a Jonathan a que hiciera lo mismo y, presa de la excitación del momento, él también se creó una cuenta en uno de los portales sociales más importantes del momento: Facebook. No obstante, desde aquel día no había tenido ocasión de entrar nuevamente en la web, por lo que esa noche se lanzó con voracidad a agregar a cuantos amigos le habían enviado una solicitud. En apenas veinte minutos, Jonathan aceptó la petición de ochenta y cuatro personas, la mayoría compañeros del colegio o amigos del pueblo, pero también algunas desconocidas.

Cuando sus ojos empezaban a acusar cansancio, abandonó el despacho para ir a buscar un jersey, ya que le dio la impresión de que hacía más frío que antes, como si alguien hubiera abierto una ventana y el invierno se hubiera colado en el domicilio. Fue entonces cuando volvió la inquietud.

Por un instante deseó que sus padres regresaran de la cena. Supuso que su nerviosismo no era más que una reacción derivada de la repentina oleada de frío que había invadido la casa y, en consecuencia, dedujo que desaparecería tan pronto como se abrigara. Se dirigió a su dormitorio para rebuscar entre los cajones algo con lo que cubrirse y de repente, cuando ya había cogido una sudadera adornada con el logotipo de los Lakers, todas las luces de la casa se apagaron. La oscuridad le rodeó bruscamente, como un manto

tenebroso, y la sensación de frío se acrecentó hasta tal punto que le puso la piel de gallina.

A los pocos segundos, viendo que la luz no regresaba, Jonathan sintió pánico. No estaba preparado para algo así. No, no lo estaba en absoluto. El miedo había recuperado el terreno a una velocidad asombrosa. Ahí estaba, soberano y feroz, adueñándose de todos los rincones de su alma.

Estuvo a punto de llorar. No sabía cuándo regresarían sus padres y tampoco se atrevía a llamarlos. Telefonarlos sería una demostración de debilidad que sólo serviría para que nunca más lo dejaran solo. Evaluó la posibilidad de abrir la portezuela del contador de electricidad y mirar si podía devolver la luz accionando algunos de los interruptores, pero aquello supondría una falta mucho más grave que el uso del ordenador. Sus padres le habían prohibido navegar por Internet y ver películas de miedo en su ausencia, pero tocar el cuadro de luces y la caldera de gas rozaban el ámbito de lo delictivo. También pensó en salir de la casa y llamar al vecino pidiéndole ayuda, pero rechazó esa posibilidad tan pronto como imaginó al hijo del matrimonio que vivía en la puerta de al lado, un chico de su edad con quien se había peleado en varias ocasiones, llamándole cobarde, gallina y llorica.

De modo que, plantado en medio del pasillo y sin una triste cerilla con la que alumbrar la estancia, decidió que la mejor solución sería salir a la terraza. Pensaba que las luces de la ciudad disiparían el miedo a la oscuridad, y ya se dirigía hacia el balcón cuando, al pasar de nuevo frente al despacho de su padre, se dio cuenta de que el ordenador

continuaba encendido. La batería del portátil le proporcionaba autonomía suficiente como para no depender de los fusibles de la casa y, como el aparato emitía un buen chorro de luz, Jonathan abandonó la idea de salir a la terraza, prefiriendo quedarse en el despacho.

Aun cuando el ordenador funcionaba, no había Internet. El módem dependía de la corriente eléctrica, por lo que ya no podía navegar. Esto aumentó su malestar, dado que ahora estaba forzado a permanecer frente a la pantalla sin hacer nada, dejando que su imaginación se excitara con la oscuridad del pasillo, temiendo a cada instante que apareciera un monstruo y se lo llevara. Ya tenía edad para haber abandonado la creencia en seres malignos, pero la repentina oscuridad que cubría la sala hizo que rebrotaran sus temores de infancia y que se sintiera acogotado ante la noche cerrada que se había instalado en el piso. Además, cuando levantó la mirada hacia el espejo donde poco antes se había visto reflejado, le pareció entrever una sombra a sus espaldas, como una mancha negra con forma humana. Esto le asustó tanto que dejó de reprimir las lágrimas para ponerse a llorar. Sabía que todo era fruto de su fantasía, pero la oscuridad le aterraba tanto que no pudo contenerse.

Al cabo de un rato, cuando ya se hubo cansado de llorar y cuando se hubo jurado a sí mismo que no permitiría que su imaginación le jugara otra mala pasada, buscó en el menú del disco duro algo con lo que entretenerse. Sabía que el sistema operativo traía juegos integrados y, tras husmear durante un rato en las entrañas de esa máquina, encontró el Buscaminas.

Pasó la siguiente media hora tratando de localizar todos los espacios en blanco del gran tablero que había aparecido en pantalla, pero algo vino a interrumpir su diversión cuando menos lo esperaba. Se trataba de un chasquido, un ruido seco procedente de alguna habitación, quizá de la más lejana de todas.

El miedo hizo un nudo con sus tripas. El frío se había intensificado haciéndole exhalar bocanadas de aire gélido, la oscuridad parecía aún más insondable que antes y el silencio se convirtió en algo ensordecedor. La imaginación de Jonathan le jugó, de nuevo, una mala pasada al crear formas imposibles entre las sombras: una cara arrugada junto a la puerta, unas enormes arañas caminando entre los libros, un objeto metálico asomando por el pliegue de la cortina... Por un momento pensó en la posibilidad de que Mel, la canguro malvada, se hubiera presentado en la casa sin decirle nada, con la intención de darle un gran susto. Si bien Jonathan no quería ser víctima de una broma de ese calibre, se alegró de que la chica pudiera haber entrado, pero el silencio que dominaba el lugar resultaba tan aplastante que enseguida desestimó esa opción.

No podía salir del despacho porque las piernas no le respondían y porque tampoco quería arriesgarse a tropezar con los seres diabólicos que habitan las penumbras. Entonces escuchó un segundo chasquido, esta vez un poco más intenso, como si la fuente de esos ruidos se aproximara.

No quiso esperar más y agarró el teléfono resuelto a llamar a su madre. Sabía que eso retrasaría en algunos años su conversión en adulto, pero en aquel momento tenía tanto

miedo que no pudo contenerse. Y no había empezado a buscar el número en la agenda cuando una sombra cruzó por delante de la puerta. Eso terminó de paralizarlo, dejándolo con los dedos agarrotados, incapaz de apretar ninguno de los iconos de la pantalla táctil, pensando que había llegado el final.

Ahora no había duda: alguien había entrado en el piso. Y no traía buenas intenciones. Si hubiese recordado alguna oración, Jonathan se hubiese puesto a rezar en aquel momento.

Dos horas después, cuando sus padres regresaron, no encontraron ninguna dificultad para abrir la puerta principal. El cerrojo no estaba puesto y la luz se encendió tan pronto como accionaron el interruptor. Todo estaba en orden. Salvo un detalle: su hijo había desaparecido.